

Palabras del Dr. Gustavo Chiozza en ocasión de la apertura del nuevo ciclo de la Escuela de Psicoanálisis

Hoy nos toca inaugurar un nuevo ciclo de la Escuela de Psicoanálisis. Tenemos cinco alumnos nuevos, los vamos a presentar primero. En el nivel inicial de la Escuela de Posgrado tenemos dos alumnas que ya habían estado en la Escuela de Estudiantes Universitarios en años anteriores y que ahora se recibieron y empiezan su Escuela de Posgrado.

El año pasado estábamos un poco preocupados que egresaban los alumnos que teníamos y estábamos temerosos de no tener alumnos para este año, pero esos temores demostraron ser infundados. Es cierto que, al parecer, la profesión de psicoanalista no parece ser algo tan atractivo para los jóvenes de hoy. Obviamente no lo digo por los que se presentaron, pero quería hablar un poco de eso porque seguramente lo habrán sentido también ustedes en sus familiares o amigos, o lo sientan más adelante cuando vean que el camino es largo. Hoy en día se ve esta profesión como una profesión larga y difícil, que lo es, y también como una profesión que no brinda un futuro asegurado. Me refiero en parte a lo económico.

También es una profesión que está lejos de los avances tecnológicos que tanto nos maravillan, porque están más del lado de las cosas concretas y las cosas materiales, y entonces hace que quizás no despierten el atractivo que despiertan las cosas que son más susceptibles de la tecnología. Sobre estos dos aspectos quiero hablar un poco.

Como algunos de ustedes ya conocen lo que escribí sobre el tema de la dificultad y no quisiera repetirlo, para los que lo conocen, recordé una fábula de Pródico de Ceos. Ceos no es el presidente de una compañía, Ceos es una isla en Creta y Pródico era un filósofo presocrático contemporáneo de Sócrates, y recuerdo esta fábula, no sé bien dónde la leí, tampoco la pude buscar mucho en detalle, pero es muy interesante.

Empieza hablando de la vida de Hércules, cuando Hércules era un joven hermoso y poderoso y que tenía todo a su disposición, en ese momento de la vida donde empieza apenas a declinar un poco la juventud, lo suficiente como para que el joven o el adolescente empiece a tomar conciencia de que la vida va de prisa, y entonces llega ese momento de la vida en donde uno tiene que decidir a qué le va a dedicar la vida.

Y cuenta esta fábula que Hércules se fue al desierto a meditar sobre esta cuestión, a qué se iba a dedicar, y se le presentaron dos mujeres atractivas. La primera de ellas, muy voluptuosa y seductora, se acerca y le dice medio en secreto que si la elige ella le promete una vida de placeres, una vida alejada del dolor, una vida sencilla y sin preocupaciones. Hércules le pregunta cómo se llama y ella le dice que se llama Hedoné. Hedoné se puede traducir por placer. También se puede traducir por vicio.

Bueno, antes de elegir quiso escuchar la otra parte. La otra muchacha era un poco más adusta y le dice que, al revés que Hedoné, que para vivir con ella Hércules tenía que ser invitado y que esa invitación era difícil de conseguir; que las cosas buenas y que los placeres que los dioses deparaban a los mortales no se conseguían sin trabajo y sin esfuerzo, que los dioses le ponían un precio muy alto cuando los placeres eran reales y nobles; que, para ganar el favor de los dioses, por ejemplo, primero había que venerarlos durante mucho tiempo; que para disfrutar de la amistad de los hombres, la amistad debía ser cultivada y que para gozar de la fama que se reserva a los héroes primero había que servir a la comunidad. Hércules le pregunta cómo se llama, y se llama Areté, que se puede traducir por virtud.

En este punto, Hedoné se echa a reír y le dice a Hércules: “pero, lo que te ofrece es un camino muy largo, seguramente te vas a cansar antes de llegar, en cambio el camino que yo te ofrezco es un camino más fácil, más corto, que no te va a exigir tanto trabajo”. En ese momento Areté la interrumpe y dice: “sí, pero los placeres que ella te ofrece son los placeres de comer antes de tener hambre, de beber antes de tener sed, de dormir antes de tener sueño y” -dice- “y esos placeres no son los mejores placeres” –dice- “no hay música mejor, más hermosa que la que compone uno mismo, no hay objeto más hermoso que el que construye uno. Y esta vida... una vida dedicada al placer genera una acumulación de angustia y un vacío que, en la vejez, genera arrepentimiento”.

Fíjense qué lúcidas las palabras. Bueno, obviamente que Hércules eligió la virtud. Pero es interesante que la civilización occidental no, eligió el hedonismo, y nuestra vida está completamente orientada a los placeres rápidos, a los placeres sencillos, y en situaciones como, por ejemplo, esta de la pandemia nos damos cuenta de qué vacía está nuestra vida cuando perdemos acceso a todos esos placeres rápidos que tenemos.

De todas maneras, me pareció interesante esta alegoría de representar la elección de la profesión como la elección de una pareja, como la elección del amor. Porque, al fin y al cabo, también la profesión es una elección con la que tenemos que vivir toda nuestra vida.

Y si lo comparamos con cómo quisiéramos elegir la pareja, ¿cuál es la novia que queremos, la novia fácil o la novia difícil? ¿la novia que nos exige ser conquistada, que nos exige que seamos mejores, o la que está a disposición y que es más fácil? O, si ustedes quieren, pongámoslo también en la otra elección de géneros: ¿qué es mejor, elegir con el corazón, contigo pan y cebolla, o una elección que nos garantice un futuro, que nos garantice un techo, que nos garantice un ingreso?

Evidentemente, en el tema de la pareja, a lo mejor se ve un poco más claro, ¿no? que, si dejamos el corazón de lado, por más seguridad y ventaja que tengamos, no nos vamos a sentir bien.

Obviamente que desde este hedonismo que nuestra civilización ha elegido, nosotros pensamos que una actividad bien remunerada, una actividad bien rentada, nos va a permitir acceder a un montón de placeres. Pero a veces olvidamos que para poder acceder a esos placeres tenemos que llevar a cabo un trabajo y que si hemos elegido un trabajo que solamente lo hemos elegido con el bolsillo, con la cabeza y no con el corazón, un trabajo que solamente está bien remunerado pero no es un trabajo que nos satisface, que nos interesa, que nos gusta, para obtener ese dinero que nos permita comprar los placeres, también vamos a tener que soportar mucha frustración y, entonces, después necesitaremos más placeres; y, después, olvidamos que, de doce meses, tenemos uno de vacaciones, pero tenemos que trabajar once y, de siete días, tenemos que trabajar seis y descansar uno, y que, en cambio, cuando trabajamos en algo que nos gusta, en algo que nos interesa, no necesitamos tanto. No necesitamos tanto dinero, porque ya estamos haciendo algo que nos gusta, y como estamos haciendo algo que nos gusta estamos menos frustrados y entonces también necesitamos menos placeres. Y si no tenemos el dinero para tener esos placeres, podemos seguir haciendo lo que estamos haciendo, que es lo que nos gusta hacer.

El segundo punto tiene que ver con esta cuestión del futuro. Evidentemente, vivimos en un mundo de muchos cambios, muchos cambios tecnológicos, sobre todo, y la tecnología genera cambios de manera muy vertiginosa.

Leía una estadística -poco confiable, no sé cómo se puede elaborar una estadística así, pero igual es interesante- que dice que el 35% de los trabajos que se van a realizar en el 2030, todavía no han sido inventados. Resulta difícil imaginarse cómo llegan al 35%, no sé, pero sí es cierto que hay trabajos que hoy se promocionan mucho, como el de community manager que veinte años atrás no existía.

¿Y cuáles serán los avances que la tecnología y que el futuro nos depara? ¿Y cómo afectarán a nuestra profesión estos cambios? Podemos preguntarnos: ¿vendrán las sesiones en 3D, habrá computadoras que interpreten? ¿O la neurofarmacología podrá cancelar los síntomas neuróticos? ¿Cómo podemos prever estas cosas? Algo estuvimos discutiendo con el tema de Skype, por ejemplo, ¿cómo no quedar atrás frente a todos estos cambios?

Pero antes de pensar si quedamos atrás o no quedamos atrás, yo creo que primero conviene ver hacia dónde van estos cambios, porque si se diera el caso de que el mundo marcha muy rápidamente hacia un precipicio, ya quedar rezagados no está tan mal. Y cuando la dirección del avance es equivocada, a veces el no cambio es lo saludable.

Fíjense que podemos imaginar un futuro donde un cirujano pueda ser reemplazado por un robot, porque la cirugía es una manera de practicar la medicina desde una concepción mecanicista, y para lo mecánico, el robot supera lo humano. Pero es solamente en esa concepción.

Fíjense que por más tecnológico y futurista que nos imaginemos el mundo, seguramente no nos podemos imaginar un mundo sin abogados. ¿Por qué no nos podemos imaginar un mundo sin abogados? Porque no nos podemos imaginar un mundo sin conflictos, un mundo en el que no haya necesidad de ponernos de acuerdo, un mundo en el que no haya necesidad de mantener esos acuerdos libres de malentendidos. Porque detrás de todo lo tecnológico, detrás de todas las cosas y detrás de todo el dinero, siempre tiene que haber personas. Porque, por más importante que pueda ser una cosa, las importancias no son cosas. Las importancias son algo que damos y que también quitamos.

Y seguramente, como comprendió Hércules en ese desierto, no hay nada más importante que elegir bien aquello a lo que decidimos dedicarle la vida, la única vida que tenemos.

Muchas gracias.